



**JORGE
FERNÁNDEZ DÍAZ**

**EL HOMBRE
QUE SE INVENTÓ
A SÍ MISMO**

**EL LADO B DE LA HISTORIA
POLÍTICA ARGENTINA Y
LOS SECRETOS DE UN
PERSONAJE MALDITO**

 Planeta



**JORGE
FERNÁNDEZ DÍAZ**

**EL HOMBRE
QUE SE INVENTÓ
A SÍ MISMO**

**EL LADO B DE LA HISTORIA
POLÍTICA ARGENTINA Y
LOS SECRETOS DE UN
PERSONAJE MALDITO**

 Planeta

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE

—*¡Qué pena! Este también
es un hombre como los demás.*

LUDWIG VAN BEETHOVEN

*En algún momento le pareció que comprendía
la esencia del poder: ese punto de equilibrio
en que nadie hace su voluntad, pero el más hábil
opera con la voluntad ajena.*

RODOLFO WALSH

1. Una radiante mañana otoñal

La Biela, jueves 18 de junio de 1992.

Miré mi reloj dos veces para confirmar el hecho consumado. No podía haber equivocación posible. Eran las 11:30 y el superpuntualísimo Bernardo Neustadt había faltado por primera vez a una cita. El sol de aquel otoño relampagueaba sobre las mesas blancas de la vereda. Dos o tres parejas murmuraban cosas ininteligibles frente a tazas humeantes y medialunas calientes. Y el microclima hacía pensar que la ciudad quedaba infinitamente lejos: sus ruidos llegaban como en sordina, y todo era fresca mañanera y sueños de Primer Mundo.

Volví a empujar la puerta y a sumergirme en la bulliciosa sombra de aquel bar atestado de dirigentes políticos, yuppies desencantados y teléfonos portátiles. Elegí un rincón y pedí un café.

La última conversación con Bernardo había tenido el inequívoco sabor de una ruptura. La primera conversación se había concretado en su oficina de la calle Defensa y había discurrido por caminos de mutua diplomacia. Neustadt tenía en su cara los rastros de un verano distendido, pero acusaba el impacto de

haber perdido la iniciativa a manos de Mariano Grondona, que había renunciado al ocio, trepado la escarpada cumbre de todos los ratings con las argucias de la autocrítica y consolidado así un inédito prestigio social dentro del ciclotímico Olimpo de los periodistas. Neustadt sentía por primera vez el aliento en la nuca y leía entre líneas los mensajes que su ex socio enviaba a distancia. Grondona había profundizado en esos meses una estrategia que lo despegaba definitivamente de quien le había enseñado los rudimentos de la televisión: “Lejos del poder, cerca de la gente”. Grondona era el pensador independiente. Neustadt debía contentarse con influir sobre el pensamiento de los poderosos.

Bernardo parecía sentir, frente a ese rol que le asignaban, cierta ambigüedad. Por un lado, lo halagaba ser públicamente reconocido como el “ángel vengador” que, desde el balcón-terraza de su casa de Punta del Este, pulverizaba al entorno menemista hablando todos los días por teléfono con el mismísimo presidente de la Nación. Pero por otro lado, lo angustiaba el hecho de quedar atrapado en la red del oficialismo, mientras su nuevo y temible competidor jugaba a ser el gran fiscal de la cosa pública.

Con esa inconfesable duda aún sin resolver, Bernardo Neustadt me había recibido con un té y dos galletitas de agua en su despacho del segundo piso. Me había narrado algunas anécdotas sobre su vida profesional y había dejado abierta la posibilidad de pactar una serie de entrevistas para un libro del que en ese momento no quería conocer demasiados detalles. Una buena parte de la generación periodística a la que pertenezco había experimentado por ese hombre siempre apremiado, que parecía no escucharme, casi todos los sentimientos que despierta un padre. A los quince años lo observábamos con admiración. A los dieciocho, con encono. A los veinticinco, con desprecio. Y recién a los treinta y tantos estábamos dispuestos a echarle por primera vez una mirada objetiva, sin maniqueísmos ni subestimaciones. Como lo que

era: un fenómeno a la Argentina, inventor de sí mismo, creador de un estilo inconfundible que hizo escuela, transformador del periodismo político en espectáculo de masas, dueño de un escenario donde se habían dramatizado durante décadas los conflictos centrales de la política nacional, periodista bajo sospecha de camaleonismo ideológico, operador de las grandes causas del establishment y exitoso empresario que a veces parecía confundir noticia con negocio.

Los encuentros finalmente se habían llevado a cabo durante las mañanas de dos o tres sábados en su mansión de Martínez, con el sol entrando por los grandes ventanales que dan al río y los leños crepitando en la chimenea de su comfortable estudio. Bernardo Neustadt había vivido intensamente los avatares del país, y esa misma vorágine lo había transformado en un hombre de escasa memoria. Curiosamente, solo recordaba con precisión algunas escenas con presidentes civiles y militares, donde él aparecía alternativamente como una víctima, como un héroe o como un mártir.

Había permitido luego, naturalmente, que yo entrevistara a sus amigos políticos y personales. Pero cuando estos iban llamándolo para contarle lo que me habían dicho, su carácter comenzó a transformarse. Una tarde, cuando yo ya tenía concertadas más de ochenta citas con testigos a favor y en contra que aceptaron ayudarme a armar un rompecabezas de medio siglo, Bernardo me preguntó desde su teléfono móvil:

—Mis amigos me dicen que usted da vueltas y vueltas sobre anécdotas que yo ya le conté con bastante detalle. ¿Qué pasa? ¿No me cree a mí?

—Lo que pasa es que usted no es tan memorioso como sus amigos —le respondí con cautela—. Y además, tengo el deber profesional de chequear la información.

Algo no funcionaba. Y a ambos lados de la línea se hizo un pesado silencio. Yo seguí con mi investigación y Bernardo con sus

programas. Pero el problema que a ambos se nos estaba presentando era grave. La pesquisa periodística me hacía tropezar una y otra vez con hechos que contradecían sus versiones edulcoradas. Y Bernardo Neustadt no había demostrado hasta entonces tener tiempo para hablar claro ni fuerza como para preguntarme directamente, mirándome a los ojos, qué clase de libro estaba haciendo. Me llegaban, por distintas vías, comentarios de que fantaseaba con que este era, en realidad, un compendio de sus memorias, a pesar de que desde un principio se le había asegurado que no se trataba de una biografía oficial. Neustadt había mantenido conmigo algo que muchos de sus colegas destacan al testimoniar su trabajo en común: cierta tendencia a no escuchar al otro. A colocar, en medio de una conversación, el “piloto automático” y a introducirse en su procelosa vida interior. Una deformación profesional y acaso una paradoja: el comunicador social más importante del país suele cortar, en su vida cotidiana, las líneas de comunicación.

Su terrible temor a ser “traicionado” y mi creciente irritación por la manipulación de su propia historia nos llevaron a un cruce electrizante. Como casi siempre, fue por teléfono. Ocurrió a las 15:30 del miércoles 17 de junio de 1992, y luego nada volvió a ser igual. Bernardo entendió por fin que este sería un libro objetivo, con todos los riesgos que eso le traería. Y que yo no buscaba hacerlo pedazos, sino conocer simplemente la verdad. Pero él no entendía bien cuál era su ganancia en todo esto y decía —a pesar de que en las revistas declaraba lo contrario— no interesarle lo más mínimo ser reconocido profesionalmente por los periodistas.

—Fui exitoso durante más de cuarenta años sin el reconocimiento de la gente que teoriza sobre este oficio —dijo en forma cortante—. Aprendí a vivir con la ingratitud.

La conversación fue subiendo de tono y después agonizó. El puente parecía haberse roto y yo no era capaz de discernir

si eso era bueno o malo. Un veterano periodista que empezó con Neustadt y que colaboró desinteresadamente con esta investigación, intentó consolarme: “No tenés que hacerte tanto problema porque Bernardo manipule sus recuerdos. Todos, de alguna manera, lo hacemos. Y todo gran personaje tiene derecho a su propia biografía oficial”. El punto es que yo no estaba dispuesto a escribirla.

Un poco antes del atardecer de ese día agitado, una secretaria me llamó para decirme que Bernardo me esperaba al día siguiente en La Biela. A las 11:30 en punto. Pero el hombre, maniático de la puntualidad, había faltado por primera vez a su cita y todo me hacía pensar que intentaba darme, con ese desaire, la última señal del divorcio.

Me equivocaba. Cuando todavía quedaba un poco de café en mi pocillo, Bernardo Neustadt entró por la puerta del frente, cruzó el salón y pidió un teléfono en la barra. Al verme, desistió del llamado y vino hacia mí con las cejas arqueadas.

—Hace quince minutos que lo estoy esperando afuera —me reprendió.

—Hace cinco minutos que llegué, y usted no estaba —lo corregí, suavemente—. Usted sigue manipulando los hechos.

Hizo como que no me escuchaba y volvió sobre sus pasos. Lo seguí hasta una mesa solitaria, en medio del sol. Se estiró sobre la silla, cerró los ojos y se dejó bañar por los tímidos rayos.

—Hace muchos años que vengo a este lugar —dijo, acariciándose la nuca—. Aquí me encontraba con Vandor. Allí se reunía Timerman con algunos militares.

Dejó el pensamiento en suspenso, sabiendo que su enumeración podía volverse infinita y demasiado apasionante, y guardamos un silencio prudencial.

—La discusión de ayer fue muy dura —dije, para no hacerle perder el tiempo.

—No, yo no entendí nunca cómo era la cosa. Lo único que le pido es tener acceso al texto completo antes que se publique. No quiero modificar nada.

Su tono era conciliador y democrático.

—Me parece justo —le respondí—. Pero antes de terminar me gustaría hablar en serio sobre algunos temas, como sus negocios, sus casas y sus mujeres.

Dos señoras gordas y perfumadas, que acababan de pagarle al mozo los tostados y los jugos de naranja, se le vinieron bruscamente encima.

—Ay, Bernardo —suspiró una de ellas—. Hace dos martes que no puedo dejar de verlo. Su programa está fantástico.

—Bueno, muchas gracias —replicó el hombre, lleno de amabilidad y tratando de proteger, con una mano, sus ojos del resplandor de la mañana.

—Yo antes siempre veía *Peor es nada*, pero desde hace dos semanas me pasé a *Tiempo Nuevo* —volvió ella a la carga ansiosa por enfocar su discurso—. ¿Y sabe por qué cambié? Porque ahora usted se puso más duro con el gobierno.

—¿Le parece?

Animada por esa duda, incontenida y ya decidida a formular su triunfal revelación, la señora se tiró a fondo:

—Usted tiene que hacer como Mariano. La gente no quiere más oficialismo.

Hubo una fracción de segundo en que Bernardo y yo hubiéramos querido no estar allí. La señora le había nombrado al diablo y no tenía la menor idea del desastre natural que podía desencadenarse. Todavía las disputas entre Neustadt y Grondona eran apenas sutiles alfilerazos que solo entendían los expertos.

—¿Usted vio *Hora Clave* el último jueves señora? —preguntó Bernardo como si preguntara por el color de una rosa.

La mujer asintió con vehemencia.

—¿Y no le pareció raro que no lo haya atacado en profundidad a Jorge Asís, siendo, como es, la voz del oficialismo?

—Sí, me extrañó un poco.

—Vea —dijo, y se recompuso en la silla, de cara al sol—, yo estoy seguro de que si Mariano lo atacaba, Asís le pasaba en cámara la factura por su pasado. Por eso Grondona prefirió no meterse en ese baile y le dejó decir lo que quería.

La señora volvió a asentir. Neustadt buscó rematarla.

—Aquí conmigo hay un periodista independiente —me presentó.

—Mucho gusto —dijo la mujer sin entender por dónde venía la cosa. Éramos dos.

—Pregúntele, según su opinión, quién precipitó la caída de Miguel Ángel Vicco.

La mujer me miró esperando una respuesta. Neustadt la animó:

—Pregunte a ver si fue Mariano Grondona, Horacio Verbitsky o *Página/12*. Pregunte nomás.

—¿Quién fue? —me preguntó la señora para llenar el formulario.

Miré el fondo de los ojos tristes de ese hombre convertido en niño.

—Fue usted, Bernardo. Usted volteó a Vicco.

2. Hoguera de vanidades

Punta del Este, verano de 1992.

—Ya sabés mi opinión, Carlos. La situación de Vicco es intolerable. No da para más. No se puede seguir amparando en eso de que “a mí solamente me saca el jefe”. Si es tan amigo tuyo como dice, lo mejor es que dé un paso al costado, porque ese lastre te puede terminar hundiendo. El asunto de Mazzón me parece que no resiste el menor análisis. Es el viceministro del Interior. Imagínatelo viajando al Departamento de Estado en Washington para intercambiar información sobre asuntos de seguridad. Averiguan sus antecedentes y se enteran de que estuvo casi un año preso por estafa. Por favor, es un problema de credibilidad...

Bernardo no quería darle tregua. Menem discutía con argumentos débiles sobre Vicco, pero parecía ya completamente convencido de que Mazzón debería alejarse de su cargo. Los dos cortaron con el convencimiento de que los acontecimientos se precipitaban. El presidente siguió con sus asuntos de Estado y el periodista volvió a su reposería laqueada, a la brisa marítima y al solazo que barría el balcón-terrace de “La Soñada”. Claudia había

salido un rato y Pavarotti convertía los pensamientos de Bernardo Neustadt en una gran ópera italiana.

De un momento a otro volvería a sonar su celular y el encantamiento se rompería. Bernardo conocía de memoria esa rutina que lo iba a acompañar a lo largo de todo aquel verano atípico. El primer verano completo con su nueva mujer y, por primera vez, lejos de Any Costaguta, de quien se había separado hacía apenas seis meses y quien pasaba sus acostumbradas vacaciones en “El Antojo”, su otra casa de Punta Piedra.

Eran días abrasadores para la interna menemista, signados por escándalos de corrupción y renunciadas exigidas, en los que Bernardo recibió todos los días un llamado de Presidencia y jugó intensamente sus fichas sin moverse de La Barra.

Verano político que había dado comienzo en la noche del viernes 27 de diciembre, cuando Carlos Menem cenó en aquel chalet impresionante, le regaló a Claudia un osito de peluche, contó varios chistes, brindó por el 92 y aseguró que ese iba a ser el año de las alcancías. Esa noche Bernardo lo ametralló a preguntas y el presidente se deshizo en promesas sobre la privatización de SOMISA, la inauguración de la nueva Biblioteca Nacional y la profundización del plan Cavallo. Neustadt lo aguijoneó brindando irónicamente por el director del Instituto Nacional de Cinematografía, Guido Parisier, “el único empresario argentino que en vez de desregular, regula”. Discutieron sobre el impuesto del 10% a los videos y las películas, y Menem se quedó callado.

—Bernardo siempre tiene algo para reprocharme —dijo, con cierta amargura.

Luego posaron juntos para la posteridad en el umbral de “La Soñada”. Los fotógrafos que montaban guardia afuera los retrataron codo a codo: Bernardo con las manos en los bolsillos de un jean desteñido y en remera azul; Menem en campera y camisa a cuadros.

—Estoy harto, Bernardo, los periodistas me siguen a todos lados, no me dejan estar solo ni un minuto —le susurró a su amigo—. Antes, cuando corría rallies y venía a Punta del Este, podía salir de noche y recorrer boliches. Ahora soy casi un perseguido.

Eran los indicios más espectaculares de una relación que había crecido fuera de cámaras, que se había consolidado con el paso de esos tres años intensos de poder compartido y que no pasaba inadvertida para los preocupados integrantes del gabinete nacional. Esa noche fantástica, poco antes de fin de año, ambos amigos habían soslayado, sin embargo, el verdadero nudo de la cuestión: Miguel Ángel Vicco, el privadísimo secretario del presidente, que había sido acusado de la venta de leche en mal estado al Ministerio de Salud y Acción Social, y por quien Menem había puesto públicamente sus manos en el fuego.

Todo había comenzado varias semanas antes, cuando los diarios colocaron a Vicco contra la pared y Menem le ordenó taxativamente dar la cara en *Hora Clave*, dos o tres bloques después de que Horacio Verbitsky y Susana Viau fundamentaran en el aire sus acusaciones. El secretario había balbuceado sus nervios cerca de la medianoche y ante una multitudinaria y alelada audiencia, y luego Mariano Grondona había utilizado esa aparición como ejemplo de lo que en televisión no se puede esconder. El público, supuestamente, había tomado su decisión, Y los balbuceos se habían transformado así en la tumba política del funcionario.

La vanidad de Bernardo acusó el golpe. Mariano era el campeón de la lucha contra la corrupción, su programa influía directamente sobre los hechos políticos del gobierno y con todo ello parecía haber tomado definitivamente la delantera. Neustadt estaba a punto de procurarse las vacaciones más largas de su vida. Proclamaba a los cuatro vientos que solo le interesaba divertirse y descansar, pero en el fondo sentía la culpa del ocio, el pinchazo de la competencia y la sensación de que debía jugar fuerte.

Durante diciembre utilizó las últimas emisiones de *Tiempo Nuevo* y todos los envíos de *Despertando con Bernardo Neustadt* para elogiar los resultados del plan económico y pegarle duro al entorno presidencial. Una de cal y una de arena. Para el establishment, la corrupción del entorno menemista podía convertirse en el verdadero palo en la rueda de la estabilidad. El gurú liberal Guy Sorman advertía que “por primera vez se corre el peligro de que se asocie la corrupción, en el espíritu del público, con las privatizaciones”. Y de repente, como un milagro, ideología y vanidad se dieron la mano. Un día, entonces, Bernardo advirtió:

—La gente me dice: “Ayúdelo al presidente. Sáquele a los corruptos de al lado”.

Otro día sentenció:

—Señor Presidente, con amigos así, ¿quién necesita enemigos?

Cargó pública y privadamente contra Carlos Spadone:

—No me parece ético que un asesor presidencial le venda leche al Estado argentino. Pero peor me parece que esa leche sea mala.

Spadone renunció y Neustadt se ocupó letalmente del caso del ex embajador argentino en Chile, Oscar Spinoza Melo, acusado de chantajes, orgías y otras menudencias:

—Es otro amigo de Menem. Tiene un prontuario formidable. ¿Cómo pudo pasar por el Senado Nacional su designación?

En esa impresionante carrera de obstáculos, tropezó inesperadamente con un trago amargo: Jorge Triaca. El por entonces interventor de SOMISA no era amigo íntimo de Menem. Era amigo personal de Neustadt. Acababa de ser acusado de administración fraudulenta por la compra de cuatro lujosos pisos en la zona de Catalinas Norte, y ahora el periodista debía dar el ejemplo y probar un poco de su propia medicina.

Bernardo había conocido a Triaca en la década del setenta, pero la amistad se había fortalecido a partir de una desgracia. El 20 de

julio de 1983, Jorgito —uno de los seis hijos del ex sindicalista— había sufrido un accidente automovilístico. Un aplastamiento de la médula espinal a la altura de la sexta vértebra lo había reducido, de la noche a la mañana, a ser un discapacitado en silla de ruedas que no se resignaba a su destino. Bernardo se había conmovido por ese drama familiar y por la vitalidad de ese chico. Se había solidarizado con sus padres, lo había visitado a menudo y lo había bautizado “León”. Una tarde, espontáneamente, Jorgito lo llamó “tío”, y los lazos se estrecharon más que nunca.

Jorge Triaca casi formó parte del elenco estable de *Tiempo Nuevo* durante la era alfonsinista, y luego se hizo cargo del Ministerio de Trabajo de la Nación a instancias de Carlos Menem, quien por aquellos meses seguía puntillosamente los consejos que le acercaba Neustadt.

Pero en diciembre de 1991, todas esas realidades no fueron suficientes. Bernardo hizo de tripas corazón y se sumó a la ola que el diario *Clarín* había iniciado al publicar los detalles del caso Catalinas. Triaca presentó la renuncia y su familia decidió, en bloque, cortar el diálogo con aquel periodista que tanto los había frecuentado. En su lugar, Menem colocó a otra de las “invenciones” políticas de Neustadt: María Julia Alsogaray. El presidente había llevado las noticias del recambio a “La Soñada” en aquella luminosa noche del viernes 27. Al día siguiente, todos los matutinos daban cuenta de la dimisión del ex sindicalista y del encubrimiento de la polémica privatizadora.

Casi relajado, anestesiado por Pavarotti y por los cercanos rumores del mar, Bernardo repasaba ahora, mentalmente, aquella escabrosa cadena de sucesos. Una cadena que empezaba y terminaba en el amigo más amigo del presidente. Primero desde los estudios de Radio América y luego desde su teléfono de Punta del Este, Neustadt había descargado artillería pesada sobre Vicco. Menem, que lo escuchaba todas las mañanas, a veces llamaba por

teléfono a Clara Mariño para corregir alguna información o para quejarse. Su secretario montaba en cólera.

Otra noche, pero en la quinta de Olivos, el presidente permitió que se llevara a cabo un inquietante careo entre víctima y victimario. Bernardo había concurrido a cenar con algunos amigos suyos. Menem saludó cálidamente a todos en un pasillo, tomó del brazo a Neustadt y lo apartó del resto.

—Miguel Ángel quiere hacerte una consulta —le pidió por lo bajo.

—Con testigos como usted, yo no tengo ningún problema —ironizó el periodista.

Pasaron a una oficina y Vicco llegó en un minuto. Los adversarios se dieron la mano.

—¿Qué me aconseja? —dice Bernardo que le preguntó escuetamente Vicco.

—Lo mismo que digo por la radio: irse. Creo que le tiene que dejar el puesto a otro. Tomar distancia.

—Pero si todo esto es una acusación falsa —dice Bernardo que insistió Vicco—. Manzano me hizo la cama.

—Mire, yo no sé lo que pasa, ni me interesa cuál es la interna, pero usted le está haciendo un daño enorme a Carlos. A mí solamente me importa la imagen pública del presidente. Estoy absoluta y totalmente pegado al proceso de transformación y le aseguro que no me voy a quedar ni un segundo pegado al proceso de corrupción.

—Pero usted no entiende —dice Bernardo que se exasperó el secretario—. Manzano está detrás de toda esta operación.

Neustadt se volvió hacia Menem, que permanecía en silencio, y le preguntó:

—¿Escucha lo que dice Vicco?

Menem clavó la vista en el hombre por el que había puesto las manos en el fuego:

—Traeme pruebas de que José Luis armó esta campaña y te prometo que José Luis se va.

Era una señal para esos dos amigos enemistados entre sí, que lo convertían en el Túpac Amaru de aquella historia. Ninguno de los dos se llevó el triunfo a su casa esa noche. Pero la evolución de las investigaciones periodísticas terminaría inclinando la balanza. Vicco sufrió el peor de los desgastes y Neustadt lo pulverizó. El secretario, con el agua hasta el cuello, arrinconó a Menem y sacó a relucir el pasado de Bernardo:

—Ese, que ahora la juega de protector tuyo, también protegió antes a otros. Incluso a personajes tan nefastos como Videla, Galtieri y Lami Dozo. Y, acordate, llegará el día en que traicionará. Empezando por vos, Carlos.

Parecía un tigre enjaulado.

—Yo, en cambio, estuve con vos en las buenas y en las malas...

—Bueno, Miguel Ángel —lo interrumpió Menem con gesto adusto—. Pero al final, ¿qué es lo que te está pidiendo Bernardo? Solo que bajes el perfil un tiempo.

Los amigos de Vicco juran y perjuran que, en realidad, este diálogo formó parte del anterior y que ocurrió durante aquel encuentro de Bernardo y Menem en Olivos. Los amigos de Vicco se pavonean recordando que el secretario le pasó allí al periodista personalmente la factura de sus andanzas pasadas y que le cantó olímpicamente las cuarenta. Pero el periodista afirma que eso es una mentira infame. Y Menem ha resuelto sellar para siempre sus labios frente a esa controversia menor entre tres adultos a puertas cerradas.

Lo cierto es que Vicco se sentía desplazado, acumulaba odios contra el nuevo amigo del presidente, recelaba de Manzano y agonizaba esperando el gong. Fue entonces cuando la interna del gobierno alcanzó su punto de ebullición y sobrevino el desenlace. El gobierno de San Juan —donde había hombres de inocultable

afinidad manzanista— admitió tener almacenados en depósito, desde agosto de 1990, alrededor de 25.000 kilos de leche Silvana en estado de putrefacción. La leche había sido producida por Envasadora Regional Argentina (ERA), cuyo vicepresidente había sido nada menos que Miguel Ángel Vicco.

Era la gota que rebasaba el vaso. Pero también el momento en el que más arreciaban las sospechas sobre el ministro del Interior. Hacía apenas dos días que la revista *Noticias* había publicado el procesamiento y la condena de Mazzón en Mendoza por defraudaciones y estafas cometidas a través del Registro Nacional del Automotor, una vieja causa que los justicialistas mendocinos conocían bien desde la interna del 85, pero que cayó como un baldazo de agua fría en los despachos oficiales de la Capital Federal.

Menem tenía entonces una perfecta excusa para la no siempre saludable solución salomónica. Y Bernardo Neustadt, en esos momentos de gran inestabilidad, se ocupó de foguear la sangría. Desde Buenos Aires, el ministro de Economía, Domingo Cavallo, lo llamó a Punta del Este para convencerlo de que Manzano no debía caer en la volteada. Cavallo tenía sus razones: el tembladeral podía perjudicar las negociaciones internacionales por el plan Brady, los contactos parlamentarios del ministro político servían al propósito de sacar leyes de reforma que apuntalaran el programa económico y, sobre todo, la permanencia de Manzano taponaba la entrada de algún enconado enemigo de la convertibilidad que ya se estaba “candidateando” para ese puesto clave.

Neustadt postergó sus antipatías y coincidió públicamente con Menem en que todos los funcionarios —el ministro del Interior incluido— debían acudir a los Tribunales para rebatir las imputaciones que les llovían.

Finalmente, el teléfono móvil volvió a sonar y Bernardo escuchó desde su reposera la noticia adelantada que un ministro le

susurraba desde la Casa de Gobierno. Vicco y Mazzón se habían visto obligados a renunciar. Todos habían salido lastimados. El presidente estaba deprimido. Manzano había salvado milagrosamente su pellejo.

Hubo otras muchas llamadas ese día. Bernardo tuvo esa semana otro de sus acostumbrados enfrentamientos con Julio Ramos a raíz de la reproducción de todo este operativo limpieza en *Ámbito Financiero* y de un supuesto autorreportaje que habría intentado dictarle a Roberto García para quedarse con los réditos políticos de las renunciadas. Recibió en “La Soñada” a los más importantes diarios y revistas del país para desmentir o confirmar una y otra cosa, y no pudo reprimir la tentación de lanzar contra Manzano algunos dardos envenenados, consciente de que las represalias manzanistas no tardarían en llegar.

Cuando en la mañana del 7 de febrero, Clara Mariño le leyó por la radio *Ámbito Financiero*, Neustadt creyó entender que las represalias habían comenzado. El diario de Ramos denunciaba un supuesto plan para manipular a la opinión pública y presionar a algunos periodistas, entre los que naturalmente se encontraba el conductor de *Tiempo Nuevo*. Según esa fuente, el plan había sido elaborado por el propio Manzano en sintonía con Mazzón, “quien pese a su dimisión sigue colaborando con el ministro”. La presión sobre Bernardo debía ser presuntamente ejercida por Editorial Atlántida —accionista de *Telefé*— para que morigerara en su programa televisivo las críticas que venía haciendo al ministro del Interior.

Enrojecido de ira y sin medirse, Bernardo dedicó a Manzano dos o tres frases lapidarias y luego llamó a sus abogados. La cuestión llegó a Menem pero no pasó a mayores, y Neustadt siguió con su vida, mientras ministros y secretarios de Estado lo llamaban a cada rato para aclarar tal o cual cosa o para congraciarse pidiéndole consejo.

Entre tantos avatares políticos, Bernardo intentó concentrarse en su flamante esposa, en su nueva felicidad y en sus muchos amigos. Jugó al tenis casi todas las mañanas, comió con Marcelo Tinelli y con Tato Bores, y cenó en *La verdad de la milanese*, donde disfrazado de Doña Rosa, Antonio Gasalla le dijo:

—Gracias, Bernardo, por hacerme tan famosa.

Al final del verano, cruzó guantes con otro incondicional de Menem, el presidente de la Casa de la Moneda, Armando Gostanián, quien había inundado Punta del Este de menem-truchos y había protagonizado un escándalo con una periodista de la revista *Somos*. En un reportaje, el obeso funcionario había sostenido este breve pero significativo diálogo:

—¿Es cierto que Bernardo Neustadt le bajó el pulgar?

—¡Qué me importa! ¡Pero qué va a bajar! Cuando Neustadt me preguntó si no tenía vergüenza por los menem-truchos, le recordé que, cuando estuvimos con Menem en su chalet de Punta del Este, él y su mujer fueron los primeros que le pidieron al presidente que se los autografiara. Cambió de tema enseguida.

Bernardo negó el hecho, puso a Gostanián en su lista negra y se lanzó con ferocidad contra la reforma constitucional. Nada de todo ello, sin embargo, melló su influencia sobre el presidente, con quien jugó al tenis ese verano y a quien agradeció la candidatura de Avelino Porto para la senaduría de la Capital.

Cuando ya preparaba las valijas para volver, el balance de aquellos meses sin televisión robustecía su vanidad. A los 67 años parecía tenerlo todo. Poder, dinero, salud y amor.

Sus amigos íntimos habían tenido la oportunidad de verificar todos y cada uno de los ingredientes de esa fórmula el 9 de enero en “La Soñada”, cuando Bernardo festejó su cumpleaños con una lista interminable de invitados. Hizo llevar, para la ocasión, a la pareja de bailarines de “Tango x 2” en un avión de línea, montó

un show en el living de su casa, sirvió una paella inolvidable y al final repartió regalos para todos.

Solo había un costado de su vida que no cerraba: el reconocimiento profesional. Necesitaba, además de todas esas bendiciones, una que tocaba mágicamente a su contricante, Mariano Grondona: el prestigio entre sus propios colegas. Que le reconocieran todo lo que él había hecho por el periodismo político. Que luego de tantos años, se terminaran los odios.

Bernardo, Mariano y Enrique Braun Estrugamou, presidente de Qualitas y un amigo común ante quien los dos periodistas nunca se atrevieron a discutir, comieron por última vez juntos esa temporada en Punta del Este, tratando de mantener una relación civilizada y quizás sin sospechar que se avecinaban temibles vientos de guerra.